FIDEL CABAGNÉ*

*Beatriz Martínez de Murguía***

El día que Fidel Cabagné apareció en el pueblo, Benita Urtubi comenzó a languidecer después de sufrir unos horribles espasmos que le retorcieron el cuerpo por completo durante más de siete días.

Enseguida corrió la voz por Ondarrabía de que esa mañana Benita se había levantado con un gesto extraño en la boca y que al terminar de desayunar un café con leche en vaso, sobre la misma silla de la cocina en la que estaba sentada, había sufrido una horrenda convulsión. Se supo también que, por efecto de ese primer ataque, había salido despedida de la silla y que, ya de pie, su cuerpo se había retorcido de mil maneras; tantas que su padre, pescador de altura hasta su jubilación, había visto en ellas todos los nudos conocidos durante décadas de faena en la mar.

A pesar de lo extraordinario de su repentino mal y del desconocimiento sobre su causa, el interés por la salud de Benita apenas duró algunos minutos. La llegada de Cabagné, la postura en la que había sido hallado, postrado como un santo en plena calle Mayor, musitando palabras de agradecimiento por estar de nuevo entre los suyos, pero sobre todo su aspecto, muy alto y extremadamente delgado, con el cabello largo hasta por debajo de las axilas, lacio y gris brillante como la piel de algunos peces, repelinado hacia atrás con una impecable raya en medio y envuelto en un enorme mantón negro, conmovió a todo el pueblo.

* El presente relato forma parte del libro *Los hombres o se mueren o se van* que publicará próximamente Ediciones Sin Nombre.

** Escritora.

Ondarrabía era un pueblo pequeño. Sus habitantes, emparentados entre sí, conservaban las mismas costumbres. Era un pueblo entre dos aguas, sujeto a una loma estrecha que desembocaba en el mar como una lengua de tierra y aislado en el poniente por un caudaloso río que anegaba las orillas y convertía las huertas en arrozales. Sumido durante el invierno en temporales espeluznantes y llenos de furia, las aguas del río se alzaban formando olas de metros y metros. En verano, los vientos, siempre del norte, arrastraban hasta Ondarrabía nubes densas y pesadas como lajas de hormigón que descargaban durante semanas incalculables litros de agua.

Era un pueblo encerrado y satisfecho de sí mismo, que no tenía más idea del mundo que la de sus naufragos. Aún se aplicaba a rajatabla y sin excepciones una antigua ordenanza que obligaba a los vecinos a construir sus casas mirando al sur y evitar así el temible viento del norte. Pero cuando éste soplaba con la fuerza de miles de vientos, arrastraba las casas hasta el mar, barriéndolas de tierra firme. Las más antiguas, como la de los Cabagné, se habían ido desplazando de sus cimientos originales y se ofrecían al mar como presas a punto de ser engullidas.

146 La noticia de que alguien, insólito y extraño, distinto a cualquier otro ser que alguna vez se hubiese visto, había llegado de madrugada y sin decir esta boca es mía se había hincado en el centro del pueblo, se esparció tan velozmente que incluso los animales se movieron con inquietud, husmeando en esquinas poco usuales.

De inmediato se congregó en torno a Cabagné un corrillo de gente que lo observó como se mira lo que se ve por primera vez. Sin saber aún que era Fidel Cabagné, el hijo del otro Fidel Cabagné, los vecinos hicieron justicia a su fama de ser gente de pocas palabras y sólo lo examinaron. Él tampoco habló; en actitud recogida, arrodillado aún sobre el empedrado, vio discurrir ante él, como dicen que les sucede a los que intuyen próxima su muerte, cada uno de los tres mil ciento sesenta y dos días que había pasado fuera de Ondarrabía, recordó cada engaño y burla de los que había sido objeto y miró con genuina gratitud a sus antiguos vecinos.

Cabagné permaneció de rodillas durante unos instantes más y después de escrutar los rostros de quienes le rodeaban se puso de pie, se acomodó el mantón y dijo con voz solemne:

—Soy Fidel Cabagné. Hace más de tres mil días que espero volver a veros.

Dicho esto, giró dos veces sobre sí mismo y besó las manos que encontró a su alcance. Por fin estaba entre los suyos, donde había nacido, pisando la tierra donde yacían sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, todos los Cabagné del Universo, desde el origen de los tiempos.

Como no era Ondarrabía un pueblo acostumbrado a tan espontáneas efusiones, y mucho menos a que nadie repartiera besos sin ton ni son, algunos se frotaron el dorso de la mano contra el pantalón o la falda; otros, sin embargo, sonrieron complacidos porque nadie hasta entonces les había besado la mano, mucho menos las dos y a un mismo tiempo. La devoción con que Cabagné sostuvo cada mano entre las suyas, sin fijarse en su edad o tamaño, tampoco pasó desapercibida.

Transcurrida la ceremonia, en medio de un silencio absoluto, Cabagné se abrió paso con un imperceptible aleteo de su mano izquierda. Terminó de recorrer la calle Mayor y giró a la derecha. Aún incrédulos de que ese hombre, alto y delgado como el mástil de un barco y rotundo en su mirada asustadiza, fuera el mismo Fidel Cabagné, orondo y sonrosado, que diez años antes había anunciado con toda pompa que se iba a buscar mundo, le siguieron a unos pasos de distancia. A pesar del frío de la mañana temprana, caminaron detrás de él, cruzaron estrechas callejuelas y rodearon el ayuntamiento. Siguieron caminando, Cabagné delante y los demás detrás, todos en silencio como en las procesiones más beatas; sólo se oía algún leve murmullo y el golpe de las suelas y los tacones contra el canto de las piedras. Otros vecinos se asomaron intrigados a las ventanas o salieron a los portales.

Ajeno a todo, Cabagné no se detuvo y mantuvo el gesto adusto y el paso vacilante. Se adentró por una calle sinuosa que terminaba

en la confluencia del río con el mar. Al final de ella había una hilera de casas con tejado de dos aguas, altas y estrechas, blancas pero con persianas y contraventanas de madera roja, y todas levemente torcidas, como si en verdad sus cimientos y el resto de la estructura se hubieran desplazado de su origen. Cabagné se detuvo frente a ellas y después de contemplarlas durante unos instantes, se introdujo en la cuarta sin titubear.

En cuanto desapareció, como rompiendo un hechizo, los vecinos que le habían seguido comenzaron a farfullar entre sí vocablos ininteligibles, aún estupefactos por su aparición y su vitola.

Durante los dos siguientes días no se supo nada más de él. Los que aún no habían tenido ocasión de verlo se mantuvieron al acecho. Estimulados por la curiosidad se acercaron a la casa de los Cabagné, e impacientes espionaron por el canalé de las cortinas, ajustando la vista a la oscuridad del interior. Pero ni a él ni a su única tía, Antonia, también de apellido Cabagné, lograron verles u oírles. Los vecinos más próximos aseguraron que la casa parecía muerta, que desde la llegada de Fidel no habían vuelto a escuchar, como era costumbre, los pasos irregulares de Antonia arrastrando las zapatillas por el pasillo.

148 | Martín Olano, ferretero de profesión y viudo desde que su mujer había amanecido muerta junto a él en la cama, se acercó al grupo de gente que esperaba fuera de la casa de los Cabagné y comentó que Benita Urtubi no estaba bien, que sus espasmos se habían regularizado de tal modo que cada tres minutos exactos le sobrevenía una contracción de músculos y tendones tan violenta que el cuerpo se le reducía al tamaño de un puño; nadie le hizo caso y sólo alguno asintió con gesto distraído. Todos querían ver a Cabagné.

Al tercer día, Antonia salió de su casa con los pies a rastras y enfundados en unas zapatillas negras, gastadas y abiertas por atrás. Reducida por la vejez y encorvada como un gancho de carnicería, se acercó a la gente y con la cabeza tan erguida como la chepa se lo permitía dijo con una voz aguda y preocupada:

—Orina negro, desde hace dos días orina negro, cuanto más negras son sus aguas más blanco se pone.

Se frotó nerviosa las manos, miró a su alrededor con desconfianza y continuó con una voz algo más tenue:

—Dice Bengoechea que tome leche, mucha leche, y que en dos días no va a haber diferencia entre lo que toma y lo que echa.

Dicho esto, se calló. Miró a los allí reunidos con sus ojos pequeños pero vivaces, esperando a que alguien supiera explicarle algo más sobre el mal de Fidel. Nadie dijo nada. Aún querían ver a Cabagné, pero nunca antes habían oído que se pudiera orinar tan negro como Antonia les aseguraba que era posible, ni sabían si se trataba de una enfermedad contagiosa o si la recomendación de Bengoechea era correcta.

—Pero ¿dónde ha estado? —preguntó una voz.

—Debe haber sido lejos —continuó llorosa, enjugándose las lágrimas con un pañuelo arrugado como una pelota, que sacaba de la bata guateada—. Hay horas en que la fiebre le sube y le baja siete, ocho o diez veces, y entonces pregunta sin descanso si de verdad está en Ondarrabía, si está aquí, si me llamo Antonia y me apellido Cabagné...

Los presentes se miraron entre sí. Antonia siguió hablando, moviendo la mano con vehemencia:

—Ya le he dicho que a ver si está tonto. Está aquí y dice que no sabe dónde está.

Antonia intercambió unas frases más con sus vecinos, quienes después de apretar los labios se dispersaron en silencio, y se introdujo de nuevo a su casa.

En las horas siguientes Fidel empeoró. Se supo que su orina era incontinente y se contaba por litros. Se vio entrar y salir al médico Bengoechea de casa de los Cabagné cinco veces al menos; cuando salía

BEATRIZ MARTÍNEZ DE MURGUÍA

llevaba consigo una botella de cristal, que agitaba al caminar, llena de un líquido muy parecido al petróleo en color y densidad.

Durante esa noche, entre las dos y las tres, se oyeron ruidos extraños, profundos y lúgubres como los que surgen de las cuevas secas y rocosas. Varias personas, entre ellas Martín Olano, se asomaron a los balcones y buscaron el origen de los gritos. Como procedían del poniente, de las huertas que crecían junto al río, se dirigieron hacia allá. Llegaron frente a la casa de Benita Urtubi, un caserío mediano con puerta de arco de medio punto, y tocaron a la aldaba. En ese instante salió Bengoechea.

—No es ella la que grita. No puede, está inmóvil, retorcida como un trapo de cocina, pero inmóvil —explicó.

Martín Olano se santiguó sin reparar en lo que hacía y los demás le imitaron. Se quedaron callados y desconcertados confirmaron que el ruido que los había sacado de la cama de madrugada surgía de ahí mismo, de la tierra que había bajo sus pies. Bengoechea se tocó la boina con la mano izquierda y tomó el camino de regreso al centro del pueblo. Los demás, temerosos, le siguieron de cerca.

—Debe ser ese Cabagné —dijo el médico, más para sí que para los demás—. En mal momento ha vuelto. Está podrido, negro y podrido.

—Pero, ¿dónde ha estado? —le preguntó alguien.

—No sé dónde ha estado ni me importa —respondió impaciente el médico—. Pero no debe haber sido un buen sitio. ¿Cuándo hemos visto aquí expulsar a nadie esas aguas negras, estancadas y putrefactas? Usted Martín, ¿cuándo ha visto algo así?

Sin esperar respuesta concluyó:

—Es un asco, un verdadero asco.

Y se separaron sin desearse las buenas noches.

La idea de que Cabagné estuviese podrido, tal como aseguraba Bengoechea, no agradó a nadie. Algunos vecinos, asustados, aguardaron al médico en la calle y cuando lo vieron le preguntaron sin reparos si era posible pudrirse en vida.

Podrido, como se pudre la fruta madura, lo que antes era carne ahora es agua negra. Así le explicaron a Antonia lo que le estaba sucediendo a su sobrino. Incrédula, se encerró en su casa, aseguró las persianas y las contraventanas, y a oscuras se acercó a Fidel, que yacía inmóvil sobre un cajón de madera.

—Fidel, Fidel —le llamó en susurros para que nadie le escuchara—, dicen que te pudres, que el agua que echas no es agua, que eres tú.

Con el rostro brillante y grisáceo, los pómulos hundidos, la nariz y la barbilla afiladas como cuchillos y los brazos, infinitamente largos, extendidos inertes sobre el cubrecama, Fidel desdeñó con voz ronca las palabras de Antonia.

—No es agua, tía. Es todo lo que he bebido y comido desde que salí de aquí.

—Pero, ¿dónde has estado?

—En todas partes, tía. Al sur y al norte. Lo he visto todo —habló Cabagné con el cuerpo temblante.

Antonia le tomó una mano y acarició con la suya, pequeña y congestionada por diminutas venillas, cada dedo de Fidel.

—Ahí afuera, tía, no son como nosotros; allí, si no te conocen te niegan hasta un vaso de agua, te miran mal, no te hablan, como si no fueses nada —dijo Fidel, doliente.

Antonia le acomodó la almohada, le arregló las sábanas y salió de su casa. Aunque llovía caminó sin dudar hacia la calle Mayor y cuando llegó al lugar exacto donde tres días antes habían hallado a

BEATRIZ MARTÍNEZ DE MURGUÍA

Fidel postrado se detuvo y esperó en rodillas a que le preguntaran por la salud de Cabagné.

—Orina negro porque se está limpiando, como todos nos limpiaríamos si hubiésemos vivido ahí afuera —señaló con la mano algún punto lejano, más allá del río y del mar—. En diez años nadie le ha ofrecido un vaso de agua, ¿cómo no va a orinar negro?

Ninguno de los congregados supo qué decir. Diez años sin un vaso de agua mientras en Ondarrabía sobraba el agua, dulce, salada, potable o no potable, la que caía del cielo y trepaba desde el río. Pobre Fidel, pensaron todos, y besaron por respeto las manos de Antonia.

Tan espontánea como la procesión de Fidel tres días antes fue la de Antonia, que guió a la gente hasta su casa. Una vez dentro, todos se desparramaron por el pasillo, estrecho y de techo alto, y por el cuarto donde yacía Cabagné. Al menos dos docenas de botellas, llenas de ese misterioso líquido negro, se arrumbaban junto a su cama.

La gente se apiñó en torno a Fidel y éste, sin abrir los ojos, comenzó a transformarse lentamente. Quienes no lo vieron con sus propios ojos jamás lo creyeron, pero el cuerpo de Cabagné se encogió, su barbilla se afiló aún más y los pómulos se retrajeron hasta quedar en ellos dos enormes huecos.

Expiró frente a todos, y cuando Antonia, acongojada por la suerte del penúltimo Cabagné, se lamentó porque un vaso de agua hubiera sido suficiente, nadie dudó de esta verdad y de que el mundo fuera de Ondarrabía daba miedo.